

---

## CAPITULO I.

### SUMARIO.

Personas que ejercían mando en la Provincia de San Luis Potosí —Recursos con que contribuía la Provincia para la guerra entre España y Francia —Grito de libertad en el Pueblo de Dolores. —Propósitos del autor. —Resgos biográficos de D. Félix M. Calleja. —Recibe este Jefe en la Hacienda de Bledos, la noticia del pronunciamiento del Cura Hidalgo. —Le es confirmada por partes oficiales en el Valle de San Francisco —El mozo Cleto, emisario de Hidalgo. —Probable fin de ese mozo. —Calleja en San Luis Potosí organiza tropas para combatir la iusurrección. —Abundantes recursos que se proporcionó. Sale á situarse con todas las fuerzas á la Hacienda de la Pía para instruir las en el arte de la guerra. —Proclama que expidió y aparato con que les fué dada á los soldados. —El Vi. rey ordena á Calleja marche á Querétaro y contestación de este Jefe. —Efectos que produjo en San Luis la noticia del levantamiento del Cura Hidalgo. —Conspiración descubierta. —Prisiones. —Marcha del Ejército de Calleja para el interior.

Gobernaba la Provincia de San Luis Potosí el Intendente y Corregidor D. Manuel Jacinto de Acevedo, y era Jefe de las armas reales el Brigadier D. Félix M.<sup>a</sup> Calleja del Rey.

La Provincia de San Luis había contribuido, como casi toda la Nueva España, con abundantes recursos para la guerra que la madre Patria sostenía con el primeor de los Napoleones, teniendo en caja el Intendente Acevedo, para remitirlos en primera oportunidad, trescientos ochenta y dos mil pesos, á tiempo que el Cura de Dolores D. Miguel Hidalgo

y Costilla daba el grito de Libertad en el mismo pueblo, la noche del 15 al 16 de Septiembre de 1810

Aunque nuestro propósito se limita á narrar los sucesos más notables acaecidos en San Luis Potosí, tomándolos desde el momento en que se inició la guerra de independencia, será indispensable referirnos en algunos casos á años anteriores, al ocuparnos de hechos que así lo requieren, de los personajes que en ellos figuraron, de la influencia que hayan ejercido en los acontecimientos generales de la Nación, ó de los edificios monumentales que por algun motivo hayan adquirido cierta celebridad.

Desde luego tenemos que retroceder algunos años para traer á D. Félix M<sup>a</sup> Calleja desde el lugar de su nacimiento. El papel que ese Jefe desempeñó en la guerra de insurrección, y la circunstancia de haber estado mandando las tropas del Rey en esta ciudad, de donde partió para el interior del Virreinato, hacen que su figura sea interesante, principalmente para los potosinos, y que se desee conocer los detalles de su vida.

No hay seguridad en la fecha de su nacimiento, pero sí se sabe que vió la luz primera en Medina del Campo, en Castilla la Vieja; que recibió regular instrucción y que muy jóven entró á servir en el Ejército Español. Tenía la clase de Alférez en la expedición de Argel, siendo su compañero con el mismo grado el que despues fué *General Venegas*, que vino á México como Virrey, recibiendo el bastón de mando la víspera del grito de Dolores. Todavía subalterno desempeñó en su país diversas comisiones del ramo militar, entre ellas la instrucción de cien cadetes, para lo cual hubieron de darle el grado de capitán.

La historia menciona como discípulos aprovechados de Calleja, á los que más tarde fueron los Generales Joaquín Blach y Francisco Javier de Elío, habiendo este último alcanzado un gran ascendiente en el ánimo de Fernando VII.

Con ese grado de Capitán vino Calleja á Méjico al lado del Virrey Revillagigedo, agregado al regimiento de infantería de Puebla, que el vulgo llamaba "Los Morados." Es-

tando ya en Méjico, desempeñó diversas comisiones del Virreinato en la provincia de Veracruz y en otras varias; rindió un informe sobre el proyecto de erigir un nuevo obispado en San Luis Potosí, petición que habían hecho los Ayuntamientos desde el último tercio del siglo pasado; levantó compañías presidiales, y en suma, dió siempre muestras de gran actividad y pericia en el cumplimiento de las órdenes que recibía. Por esos servicios fué obteniendo sus ascensos hasta llegar á Coronel, con cuyo empleo duró en San Luis algunos años mandando la guarnición.

Decretada por la corte de Madrid la división del Ejército del Virreinato en diéz brigadas, el Virrey Azanza dispuso establecer la décima en San Luis Potosí, confiando el mando de ella á D. Félix M<sup>a</sup> Calleja, ascendido ya á Brigadier.

En esta ciudad contrajo matrimonio con la Señora D<sup>a</sup> Francisca de la Gándara, perteneciente á una de las principales familias, por su honorabilidad y por su posición pecuniaria. De arrogante figura y de exquisito trato social, tuvo gran partido entre las familias distinguidas de San Luis que se disputaban su presencia en las tertulias y días de campo, que en aquella época eran muy frecuentes; pero todo lo que era Calleja de atento y de cortés en los círculos sociales, era déspota y tirano en el ejercicio de sus funciones oficiales. Sin embargo, fué tan conocido en esta ciudad por todas las clases, y con motivo de las riquezas de su esposa, trató con tanta gente, que aun en el pueblo bajo y en los sirvientes de las haciendas tenía grandes simpatías, y sus mismos soldados, muchos de ellos pertenecientes á estos últimos, lo obedecían ciegamente, haciendo con gusto lo que les mandaba *el amo D. Félix*, como generalmente lo llamaba la clase referida.

Con las fuerzas que organizó en los términos que diremos en el lugar oportuno, y que formaron parte del Ejército del Centro, á cuya cabeza emprendió la campaña contra las tropas insurgentes, salió de esta capital, empezando aquí la serie de sus triunfos y el desarrollo de sus crueles instintos.

Al ocupar á Guanajuato, á su regreso de Aculco, mandó

tocar á degüello, y fué tal el número de víctimas que ocasionó esa bárbara orden, que materialmente quedaron las calles y los cerros regados de cadáveres. Solamente del cerro llamado del Tumulto se recogieron 280, todos ellos sin cabezas, y después de muchos días era insoportable la fetidez que se desprendía de varios puntos de la ciudad, porque en cañadas y lugares solitarios permanecían aún cadáveres insepultos, ya en estado de putrefacción, que no habían podido ser levantados.

En su marcha para Guadalajara, al pasar por León, mandó ahorcar á varios mejicanos, y en Lagos, porque el vecindario no lo recibió con señales de regocijo y porque supo que había sido quitado de las esquinas el edicto de la Inquisición que excomulgaba á Hidalgo, se indignó terriblemente, haciendo sentir á la población todo el peso de su cólera. Escribió á Venegas diciéndole que no economizaría los castigos contra los que resultaren culpables de quel delito, y que ese pueblo merecía ser incendiado por su obstinación. Llegó Calleja á habituarse de tal manera en la crueldad, durante sus expediciones, que dejó de ser el hombre fino y bien educado que se conoció en San Luis. Después sentía placer en ordenar ejemplares castigos, en arrasar é incendiar á los pueblos, veía con agrado que los hombres se acercaran á él temblando y que su nombre fuera pronunciado con espanto y pavor: tanto se encarnizó que visiblemente estaba contrariado el día que algún infeliz no subía las gradas del patíbulo.

Caminó con tal fortuna este jefe, que el mismo día que salió de Bledos para el Valle de San Francisco, á las pocas horas de su salida, llegó á aquella Hacienda una partida de insurgentes enviada por el Cura Hidalgo para aprehenderlo y llevarlo á San Miguel el Grande. Si tal aprehensión se hubiera realizado, indudablemente Hidalgo habría visto el triunfo de su causa, y se hubieran economizado las numerosas víctimas que regaron con su sangre el territorio nacional.

Como todos los hombres públicos, Calleja tuvo su ocaso. A su regreso á Méjico del sitio de Cuautla, entró en rivali-

dad con Venegas, y entonces llegó á pensar en realizar la independencia de Méjico. Procuró que llegaran á sus manos los periódicos que los insurgentes publicaban en varias poblaciones del Sur, y estaba haciendo sus combinaciones con algunos de sus amigos cuando recibió de España el nombramiento de Virrey. Entonces prescindió de ese proyecto; á los pocos de sus amigos que lo conocían, á unos los calló con dádivas y honores y á otros los persiguió de muerte.

Si en estos rasgos biográficos de este hombre funesto para Méjico tratáramos de seguir paso á paso su vida política y militar, sería tanto como echarnos áuestas una carga demasiado pesada para nuestras débiles fuerzas, porque la historia de Calleja abraza los tiempos más calamitosos y enardecidos de la guerra de insurrección y está ligada con la Historia general de Méjico; y siendo como es nuestro plan limitarnos á la localidad de San Luis, lo abandonaremos ya, remitiendo á nuestros lectores á la Historia, donde constan los hechos de este General ejecutados en el resto del Virreinato.

No podemos, sin embargo, prescindir de dar á conocer á nuestros lectores un detalle satisfactorio para todo hijo de San Luis, detalle tal vez sabido por muy pocas personas.

Cuando el Virrey Calleja confirmó la sentencia de muerte pronunciada contra el benemérito General D. J. M<sup>a</sup> Morelos, sólo una voz se levantó pidiendo la vida de aquel héroe. Esa voz fué la de la Señora Gándara, potosina, esposa del Virrey. Un caballero descendiente de algún miembro de la familia de aquella recomendable dama, amigo y condiscípulo nuestro en la escuela del inolvidable Vallejo y en el Seminario Conciliar, hoy Instituto Científico, nos refirió una vez que en los papeles de sus antepasados existían cartas de la Señora Gándara de Calleja en las que expresaba su pena por no haber podido salvar la vida de Morelos, y que también había otra dirigida por D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle á pariente allegado de la propia Señora, en la que encomiaba los sentimientos nobles y generosos de la esposa del Virrey, agregando que insistió tanto en su petición, puesta

de rodillas y derramando abundantes lágrimas, que Calleja llegó á vacilar, pero que al fin desechó las súplicas de su esposa por temor de que ese acto de clemencia fuera causa para que los comerciantes del Parian de Méjico lo depusieran del mando como lo habían hecho con el Virrey Iturrigaray, y que tal vez atentaran también contra su vida. Posible es que esas cartas existan todavía en poder de algún descendiente de aquella honorable familia.

A grandes trazos hemos presentado al General Calleja. Tenemos que volver con él á la provincia de San Luis Potosí el 19 de Septiembre de 1810.

A las diez y media de la mañana de este día recibió Calleja en la Hacienda de Bledos la primera noticia del pronunciamiento del Cura Hidalgo en el pueblo de Dolores. Inmediatamente se trasladó al Valle de San Francisco donde le fué confirmada por partes oficiales del Comandante D. J. Gabriel Armijo y del subdelegado de Santa María del Río D. Pedro García, de cuyos partes fué portador el capitán D. Pedro Meneso.

El día 15 de Septiembre se había presentado con D. Vicente Urbano Chávez, vecino de aquella jurisdicción, un mozo llamado Cleto, de las confianzas del Cura Hidalgo, invitándolo á nombre de este héroe para que ocurriera á la Hacienda de Santa Bárbara á tomar parte en el movimiento político que debería verificarse el día 28, y que lo citaba para esa finca porque en ella había un depósito de armas, caballos y municiones. Chávez denunció á Cleto ante D. Gabriel Armijo, quien lo hizo llevar á su presencia interrogándolo convenientemente, pero como Cleto no pudo dar á Armijo todas las esplicaciones que este deseaba, fingió ese jefe aceptar en compañía de Chávez la invitación que al último hacía el Sr. Hidalgo, con la condición de que el referido enviado volviera á Dolores á recabar de dicho Sr. Cura alguna constancia por escrito para darle el debido crédito. Ofreció Cleto satisfacer esa exigencia, fué á Dolores, estando con el Cura Hidalgo el 16, y el 17 á media noche estaba de vuelta, entregando á Chávez una carta de Hidalgo en la



*San Luis Calleja*

que este Sr. le decía; que en virtud de haber sido descubierta la conspiración en Querétaro, no había sido ya posible aguardar hasta el día 28 que era el fijado para que estallara la revolución y que por tanto había dado ya el grito de Libertad en la noche del 15 al 16. Concluía invitándolo para que lo ayudara en su patriótica empresa y recomendándole que en las poblaciones donde ejercía influencia, la empleara en entusiasmar á los moradores para que tomaran las armas en defensa de la independencia y libertad de la América.

Vuelto á presentar Cleto por Chávez á Armijo, este lo condujo preso ante el subdelegado para que se le tomara declaración en debida forma. De ella resultaron los partes oficiales que Calleja recibió en el Valle de San Francisco.

En ninguna de las Historias de Méjico que hemos leído se dice qué suerte corrió el mozo Cleto. Un respetable vecino de Santa María del Río que hace tiempo falleció, el Sr. D. Luis Arias, nos dijo una vez, platicando de este suceso, que después de haber permanecido algún tiempo preso el indicado mozo, había sido puesto en libertad; y otro caballero igualmente apreciable, de esta capital, el Sr. D. Indalecio Rodríguez y Cos, nos aseguró que en los días en que Calleja estuvo en la Hacienda de la Pila, había mandado que condujeran allí á Cleto, siendo este desgraciado la primera víctima sacrificada por dicho General en aquella luctuosa época. Nosotros nos inclinamos á creer más esto último, y entendemos que lo mismo sucederá á los lectores, dados los instintos feroces y sanguinarios del hombre que cubrió de cadáveres el territorio de la Nueva España.

Confirmadas suficientemente todas las noticias relativas al movimiento político de Dolores, pasó Calleja á San Luis Potosí, donde puso en juego los recursos de su genio activo y organizador. Ya hemos dicho que este jefe, entonces Brigadier, mandaba la décima brigada, cuyo cuartel general era esta ciudad. La componían en esos momentos solamente dos cuerpos de caballería: "San Luis" y "San Carlos." Disfrutando Calleja del prestigio y de la influencia que le daban los lazos de familia y su gran reputación como mili-

tar, vió muy pronto coronados de extraordinario éxito los trabajos que emprendió para organizar tropas y proporcionarse los elementos necesarios á efecto de movilizarlas con la mayor prontitud.

Dió ordenes para que de las poblaciones de la Provincia y de las Haciendas inmediatas remitieran hombres y armas. En cumplimiento de ellas empezaron luego á llegar de Salinas, Ojocaliente, Venado, Ciudad del Maiz, Bocas, Jaral, & &. Le remitieron tanta gente, que tuvo que retirar gran parte de ella por falta de armamento. Reforzó los regimientos de San Luis y San Carlos; organizó un batallón de infantería con gente del Venado y de la Hacienda de Bocas, al mando de D. José Antonio Oviedo administrador de dicha Hacienda. Este cuerpo fué conocido en aquella época con el nombre de "Los Tamarindos," por haber sido vestido con uniformes de gamuza del color de aquel fruto, y adquirió en la campaña la fama de valiente que siempre han tenido los soldados de San Luis. Su jefe murió en el sitio de Cuautla.

Formó otros varios escuadrones armados de lanza por falta de fusiles para infantería. Estos escuadrones compusieron más tarde el rejimiento de "Fieles del Potosí," que fué el cuerpo de caballería más afamado del Ejército, regimiento que después de la Independencia existía todavía muy atendido y considerado por los Gobiernos de Méjico, hasta poco antes de la invasión americana.

Calleja formó la oficialidad de todos esos cuerpos, de los dependientes de las Haciendas y Minas, que habían conducido la gente que pidió, y obligó también á tomar las armas á los Españoles que venían huyendo de Guanajuato, con intento de dirigirse á la costa. Un historiador asegura que de los regimientos de "San Luis" y "Fieles del Potosí" salieron los oficiales que más tarde fueron los generales Armijo, Barragán, Bustamante, y Gomez Pedraza. Bustamante era en esa época cirujano del Regimiento de San Luis, y Gomez Pedraza, que por primera vez tomó las armas estando en una Hacienda de su familia, inmediata á Rioverde,

fué un hombre público de importancia y jefe del Partido Liberal de su tiempo. Los tres últimos llegaron á ser Presidentes de la República.

Los padres carmelitas mandaron organizar una guerrilla con peones de sus haciendas, de la que fué Jefe el Lego Fr. Bartolomé de la Madre de Dios, español brusco segun el dicho de personas que lo conocieron, hombre corpulento y de bastante fuerza física. Los soldados de esa guerrilla fueron pagados por los fondos del Convento, á un peso diario por plaza, y despues de algunos años percibian todavia las familias de los que perecieron en la campaña, y los mutilados, pensiones mensuales, de los mismos fondos, segun los servicios, gastos y número de familia.

No pararon aquí los elementos creados por Calleja para emprender la campaña contra los insurgentes. Mandó fundir cañones, organizó compañías de soldados que llamó Urbanos, para resguardo de la ciudad, compuestas de individuos del comercio, de la industria y de la agricultura. El Intendente D. Manuel de Acevedo puso á su disposición los trescientos ochenta y dos mil pesos que tenía en las cajas reales, el Sr. Ortiz de Zárate, del Valle del Maiz, le proporcionó también una fuerte suma, varios mineros ricos de Zacatecas le dieron en calidad de préstamo, que les fué después pagado en Méjico, la cantidad de doscientos veinticinco mil pesos, noventa barras de plata quintada y dos mil ochocientos en pasta; el conde del Jaral D. Juan de Moncada, se puso á sus ordenes con un escuadrón de caballería sostenido á sus espensas, por lo que el Virrey Venegas le expidió el despacho de Coronel.

Para dar Calleja á todas esas fuerzas una conveniente organización, é instruir las lo posible en el arte de la guerra, salió á situarse con todas ellas á la Hacienda de la Pila, dejando la plaza de San Luis guarnecida con los Urbanos á las órdenes del Comandante D. Toribio Cortina. Colocó un destacamento en el Puerto de San Bartolo, tres leguas más acá de San Felipe, en observación de los movimientos del ejército de Hidalgo. Dirigió una proclama á sus tropas, inven-

tando para leérselas y explicárselas, un acto curioso por el que se comprende que trató de exitar el fanatismo de los indios y de sorprenderlos con un aparato del todo extraño para ellos. Mandó colocar un dosel sobre un templete que hizo levantar en la plazuela de la Hacienda, ordenó que fueran de esta ciudad dos frailes carmelitas, y sentado él en medio de ellos, leyeron y explicaron estos á los soldados los pensamientos que contenía la proclama, concluyendo con una exhortación dirigida á los mismos soldados encareciéndoles el deber que tenían de pelear por la religión y por el Rey. La proclama es la siguiente.

*“D. Felix M.<sup>a</sup> Calleja del Rey, Comandante de brigada en la Provincia de San Luis Potosí.”*

*“Soldados de mis tropas: os han reunido en esta capital los objetos más sagrados del hombre, religión, ley, y patria. Todos hemos hecho el juramento de defenderlos y de conservarnos fieles á nuestro legítimo y justificado gobierno. El que falta á cualquiera de estos juramentos, no puede dejar de ser perjuro, y de hacerse reo delante de Dios y los hombres. No tenemos más que una religión que es la católica, un soberano que es el amado y desgraciado Fernando VII, y una patria que es el país que habitamos, y á cuya prosperidad contribuimos todos con nuestros sudores, con nuestra industria, y con nuestras fuerzas. No puede haber, pues, motivo de división entre los hijos de una propia madre. Lejos de nosotros semejantes ideas que abrigan la ignorancia y la malicia. Sólo Bonaparte y sus satélites han podido introducir la desconfianza en un pueblo de hermanos. Sabed que no es otro su fin que dividirnos, y hacerse despues dueños de estos ricos países que son tanto tiempo ha, el objeto de su ambición. No podeis dudarlo: sabeis los emisarios que ha despachado, las intrigas de que se ha valido, y los medios que emplea para llevar al cabo este proyecto.*

*¿Y permitiremos nosotros que logre sus fines? ¿Que venga á dominarnos un tirano, y que nuestros altares, esposas, hijos y cuántos bienes poseemos caigan en manos de aquel mónstruo por el medio que se ha propuesto ue introdu-*

*cir la discorcía en nuestro suelo? A esto conspira la sedición que ha promovido el cura de Dolores y sus secuaces: no hay otro camino de evitarlo que destruyendo antes esas cuadrillas de reveldes que trabajan en favor de Bonaparte, y que con la máscara de la religión y de la independencia sólo tratan de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos, cometiendo toda clase de robos, de asesinatos y estorciones que reprueba la religión como lo han hecho en Dolores, San Miguel el Grande, Celaya y otros lugares donde han llegado. No lo dudeis soldados: del mismo modo vereis robar y saquear la casa del europeo que la del americano: la aniquilación de los primeros es sólo un pretexto para principiar sus atrocidades, y el peligro en que suponen la patria por parte de aquellos que tantas pruebas tienen dadas de su religiosidad y patriotismo, es un artificio de que se valen para engañarnos, y hacernos caer en el lazo que nos ha preparado el tirano.*

*“Vamos pues á disipar esa porción de vandidos que como una nube destructora azotan nuestro país, por que no han encontrado oposición. Si ha habido por desgracia en este reino gentes alucinadas y perdidas que de acuerdo con las ideas de Bonaparte se hayan atrevido á levantar el estandarte de la rebelion, y que al mismo tiempo que protestan reconocer á nuestro legítimo y adorado Morarca, niegan la obediencia á las autoridades que nos gobiernan en su nombre; seamos nosotros los primeros que á imitacion de nuestros hermanos de la Península defendamos y conservemos los derechos del trono, y limpiemos el país de estos perturbadores del orden público que procuran derramar en él los horrores de la anarquía.*

*“El superior gobierno quiere que tengais parte en esta empresa, y usando de los grandes medios que están á su disposición, os invita á castigar y sujetar á los reveldes con el ejército que ha salido ya de México y marcha para su exterminio. Yo estaré á vuestra cabeza, y partiré con vosotros la fatiga y los trabajos: sólo exijo de vosotros “union, confianza y hermandad.” Contentos y gloriosos con haber res-*

*tituido á nuestra patria la paz y el sosiego, volverémos á nuestros hogares á disfrutar el honor que solo está reservado á los valientes y leales.—San Luis Potosí, 2 de Octubre de 1810.—Felix Calleja.”*

Aunque los conceptos contenidos en la proclama anterior no fueron entendidos por aquellos rancheros é indios campesinos, sí se fijaron en los frailes carmelitas, en el crucifijo que tenían estos en las manos al tiempo de leérselas y en el juramento que se les exigió de pelear por la causa del Rey. Con estrepitosas aclamaciones otorgaron el juramento, prorrumpiendo en vivas al Rey, á la Religión y á Calleja; por ese día fueron dispensados de recibir instrucción y de todo servicio, y mandó Calleja repartirles dinero y rancho extraordinario.

El Virrey Venegas, tan luego como supo el levantamiento del cura Hidalgo, libró orden á Calleja para que marchara á Querétaro violentamente con una pequeña escolta, y que dejara órden que lo siguieran los escuadrones de San Luis y San Carlos. Calleja contestó que no podía separarse de San Luis por dos razones: primera, que habia descubierto una conspiración en esta ciudad y estaba practicando las averiguaciones consiguientes; y segunda, que desde el momento en que llegó á su noticia el pronunciamiento de Hidalgo se habia ocupado de organizar tropas y crear los elementos necesarios para concurrir con un grueso número de soldados al punto que se le destinara, á combatir la insurrección.

Daba cuenta al Virrey de los cuerpos que habia reformado, de los recursos con que contaba, y de que sólo esperaba instruir medianamente á sus tropas en el manejo de las armas, para emprender la marcha.

La noticia del pronunciamiento de Hidalgo que circuló en la ciudad con extrordinaria rapidéz, y la propaganda que los edictos á ese movimiento hacian en numerosos papeles que repartian clandestinamente, levantaron el espíritu público, haciendo que el pueblo acariciara la idea de emancipar á México de la dominación española. Notable fué el cambio

que se efectuó contra Calleja en el corto tiempo transcurrido desde el dia en que ese jefe salió para la Hacienda de la Pila con las tropas que habia organizado, hasta la noche en que iba á estallar la conspiración que le fué denunciada. El hombre habia perdido un setenta y cinco por ciento del aprecio y de la influencia que ejercia en todas las clases; era ya visto por los hijos del pais como enemigo de la nacionalidad mexicana, y empezaron á hostilizarlo por los medios que estaban á su alcance.

La ciudad de San Luis estaba en plena efervescencia. Por todas partes sólo se oian conversaciones y juicios favorables al levantamiento de Hidalgo, principalmente los pueblos del Cerro de San Pedro, Soledad de los Ranchos, y los suburbios de Tlaxcala, Santiago, Montecillo, San Sebastian y Tequisquiapám que habian sido víctimas á fines del siglo pasado, de la crueldad del visitador Galvez, hacian patentes, de cuantos modos podian, su regocijo y sus simpatías por la causa de la independendencia.

La conspiración le fué denunciada á Calleja por un sargento del Escuadrón de San Carlos; un clérigo de apellido Perez complicado en ella, temeroso de la suerte que le corriera estando ya en poder de Calleja, se suicidó en su misma prisión. No siendo suficiente la pequeña cárcel que entonces habia en San Luis para contener á los innumerables individuos que mandó ese Jefe reducir á prisión llenó con ellos los conventos de la ciudad. Creó un Tribunal con el nombre de “Junta de Seguridad” para que los juzgara con todo rigor y pidió al Virrey autorización para imponer *ad-libitum* la pena de muerte, sin el recurso de indulto; solicitando tambien el que sólo él pudiera concederlo en los casos que á su juicio fuera de otorgarse.

Diariamente amanecian pasquines en las esquinas y en las puertas de los edificios públicos, conteniendo terribles amenazas contra los europeos y exitando al pueblo á que se levantara contra sus opresores. Algunos de los individuos que fijaban esos papeles fueron sorprendidos por las rondas, encarcelados y juzgados por la Junta de Seguridad.



Entre los muchos pasquines que el pueblo ponía, se encontró este:

“Aunque anden las rondas listas  
He de encender cazuelejas,  
Con el sebo de realistas  
Y las mechas de Callejas.”

Efectivamente anduvo lista una ronda, pues aprehendió al que fijó ese pasquin que fué un cohetero de oficio. Este infeliz, juzgado sumariamente, fué condenado á la pena de “horca y pela,” la que se ejecutó en el ángulo N O de la plaza principal. Esta sentencia se aplicaba del modo siguiente: la horca la sufría el reo y la pela los niños de las escuelas, á cuyos inocentes se les llevaba á que presenciaran la muerte del sentenciado, y cuando este acababa de espirar se les aplicaba á los niños una docena de azotes para que no olvidaran aquel acto, ni las causas que conducían al delincuente al patíbulo.

Tanto lo de la pena en general, como lo relativo á la ejecución del cohetero, no consta en documentos oficiales de la época. Todo es de tradición, y de tradición particular de San Luis. El finado Sr. D. Francisco J. Estrada nos aseguró que á él le tocó esa pela siendo alumno de la escuela de San Francisco, y todavía hace pocos meses, nuestro apreciable amigo el Sr. D. Mariano Taboada nos ratificó esa especie, refiriéndose al dicho de personas respetables de aquel tiempo.

El Virrey había hecho marchar para Querétaro una fuerte división á las órdenes de D. Manuel Flon, Conde de la Cadena. Calleja ofreció al Virrey que tan luego como el Conde llegara á dicha ciudad, emprendería su marcha para reunirse con él, á fin de seguir el plan de campaña que el mismo Venegas le indicaba. Este le contestó de conformidad y aún lo dejaba en libertad para que fuera á Querétaro ó para que se quedara más tiempo en San Luis acabando de organizar las tropas de que le hablaba.

Luego que supo Calleja que el Conde de la Cadena había llegado á Querétaro, y que se disponía á salir al encuentro

del ejército insurgente, partió del campamento de la Pila el 24 de Octubre, llevando á sus órdenes 3.000 caballos, 600 infantes, dos cañones de á 8 y dos de á 4 fundidas esas piezas en San Luis. El Virrey ordenó al Conde de la Cadena que con la división que sacó de México se pusiera á las órdenes de Calleja. El total de las dos divisiones unidas formaba un cuerpo de ejército de 8,000 hombres.

Calleja, al partir para la campaña, dejó guarnecida la plaza de San Luis con las siguientes tropas: 350 infantes, 110 caballos y tres compañías de urbanos, todas bajo el mando del Comandante D. Toribio Cortina, quien quedó también encargado de seguir fundiendo artillería para emplearla según las circunstancias lo exigieran.

Dejemos al General en jefe del Ejército del Centro marchando en persecución de Hidalgo que se dirigía sobre México, puesto que tenemos que limitarnos á nuestra localidad, y veamos lo que pasaba en ella durante la ausencia de dicho General.